El corazón de la mujer



SELECCIÓN DE TEXTOS, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

Adrián A. Aguilera A.,

DE LA NEWMAN SOCIETY

El corazón de la mujer

Selección de textos, introducción y notas
Adrián A. Aguilera A., de la Newman Society.

Segunda edición
Noviembre 2021

EL CORAZÓN DE LA MUJER

© The Newman Society, 2021

© Hope press
Pino Suárez 99, J. Jesús Aguirre, Teocaltiche, Jal. (México).
Tel. (+52) 33 2538 2488
publicaciones@thenewmansociety.org
www.thenewmansociety.org/Publicaciones

ISBN: 978-607-98330-2-2
Impresión y encuadernación: GP Soluciones Impresas S. A. de C. V.
Calle Mezquitán 574, Col. Barranquitas, Guadalajara, Jal.,
C. P. 44280
Printed in Mexico - Impreso en México

Todos los derechos reservados.
No está permitida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, tratamiento informático, distribución, comunicación pública y transformación de este libro sin el permiso previo y por escrito de los autores. La infracción de los derechos mencionados constituye un delito contra la propiedad intelectual.

"María Santísima modelo de la mujer cristiana. Quien conozca la importancia moral de la mujer en el mundo no podrá menos de admirar la Providencia de Dios por haber preparado en la Virgen Madre, el modelo singular de la perfección femenina. La mujer constituye la mitad del género humano, y es ella la que forma y educa a la otra mitad"

San John Henry Newman

Contenido

Presentación 11

1. La actitud de Jesús hacia la mujer 17
   Síntesis de la Carta Mulieris dignitatem 17
   «Se sorprendían de que hablara con una mujer» 25

2. Apóstoles de los apóstoles 36
   Las mujeres al servicio del Evangelio 37

3. Inteligencia y corazón 43
   Santa Mónica 44
   Mónica, esposa brillante 48
   Mónica, madre y educadora ejemplar 52
   Inteligencia y corazón excepcionales 57

4. Una mujer plena no se improvisa 61
   Hildegarda de Bingen 62

5. La amistad espiritual 69
   Clara de Asís 70

6. Para formar a una mujer, otra mujer 75
   Matilde de Hackeborn 76

7. Educación y autoeducación. 83
   Santa Gertrudis 84

8. Todo habla para quien sabe escuchar. 91
   Ángela de Foligno 92

9. Matrimonio: un corazón en dos cuerpos 99
   Isabel de Hungría 100

10. La maternidad espiritual 105
    Santa Brígida 106

11. El corazón del hogar 111
    Margarita de Oingt 112

12. Mujer “eucarística” 119
    Juliana de Cornillon 121

13. Valentía y fortaleza 127

Catalina de Siena 129

14. Corazón de carne y corazón de hierro 135
Juliana de Norwich 136

15. El cuidado de la imagen 141
Verónica Giuliani 143

16. Humildad es no estar centrado en sí mismo 149
Catalina de Bolonia 150

17. La ayuda mutua entre esposos 157
Catalina de Génova 159

18. Un estímulo irresistible para todo tipo de heroísmos 165
Juana de Arco 168

19. A grandes males, grandes remedios 175
Teresa de Jesús 177

20. “Lo quiero todo” 183
Teresita del Niño Jesús 185

21. Quien busca a la verdad busca a Dios 191
Edith Stein 193

22. El secreto de una mujer emprendedora 203
Madre Teresa de Calcuta 208

23. La vocación fundamental de todo ser humano 215
La santidad según Benedicto XVI 215

24. Nacidos para las cosas más grandes 221
Papa Francisco: aspiración a la santidad 222

Epílogo: una santa para el mundo de hoy 231
1. La visión de conjunto 234
2. Asertividad. 234
3. Metas altas. 235
4. La belleza. 236
5. La revolución de la ternura 237

Presentación

Unas palabras del Papa Francisco en la exhortación apostólica Gaudete et Exsultate —alégrense y regocíjense—, sobre el llamado a la santidad en nuestro tiempo, nos han empujado a reunir en estas páginas algunos de los más impresionantes testimonios de santidad femenina que ha conocido la historia.

Dos cosas saltan a la vista desde las primeras páginas de este importante documento del Santo Padre: la santidad es la vocación fundamental de todo cristiano, la vocación común y universal, y, al mismo tiempo, cada uno ha de encontrar en sus propias circunstancias el modo de realizarlo. La mujer está invitada a hacer suya esta llamada y a darle su toque personal, realizando con ello un aporte indispensable para la vida del mundo y de la Iglesia. Dice el Papa Francisco que las características propias de la mujer, aquel conjunto de cualidades que las hace especiales —el genio femenino, como gustaba decir a san Juan Pablo II— también se manifiesta en el terreno de la santidad en estilos propiamente femeninos, que son "indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo".

Paradójicamente, esta aportación de la mujer se ha dejado sentir y ha brillado de modo especial en aquellos contextos en los que su figura y papel no eran valorados lo suficiente, y en los que sus derechos —o por lo menos algunos de ellos— eran ignorados. En un tiempo de tanta violencia hacia la mujer, como es el nuestro, y, ya que no acabamos de tomar en serio la importancia de su ser, vocación y misión, se impone una seria reflexión sobre la naturaleza y cualidades específicas de la mujer. En este esfuerzo es importante la apertura a las lecciones de la historia, en la que constatamos la contribución insustituible que la mujer ha ofrecido al desarrollo cultural que sirve de fundamento a nuestra civilización.

Pensamos aquí en la lista de esas santas extraordinarias que el mismo Papa menciona en el número 12 de la Gaudete et exsultate, y también, como él mismo sugiere en "tantas mujeres desconocidas u olvidadas" que, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia misteriosa y arrolladora de su testimonio; y que continúan haciéndolo también en nuestro tiempo. Hay que ser sinceros y reconocer todo lo que

recibimos a través de tantas mujeres que Dios ha puesto en nuestro camino.

He aquí el texto completo del Papa al que hemos estado haciendo alusión:

> Lo que quisiera recordar con esta Exhortación es sobre todo el llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,45; cf. 1 P 1,16). El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre»[1].
>
> «Cada uno por su camino», dice el Concilio. Entonces, no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Co 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio»[2]. De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su Cántico Espiritual, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche «según su modo»[3]. Porque la vida divina se comunica «a unos en una manera y a otros en otra»[4].
>
> Dentro de las formas variadas, quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres

---

[1] Const. dogm. Lumen gentium, sobre la Iglesia, 11.

[2] Hans U. von Balthasar, "Teología y santidad", en Communio 6 (1987), 489.

[3] Cántico Espiritual B, Prólogo, 2.

[4] Ibíd., XIV-XV, 2.

fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. Podemos mencionar a santa Hildegarda de Bingen, santa Brígida, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Ávila o santa Teresa de Lisieux. Pero me interesa recordar a tantas mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio.

Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irrepetible que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (Jr 1,5)[5].

Te ofrecemos en estas páginas un esbozo de la vida y obra de las santas mujeres a las que hace referencia el Papa Francisco. La mayoría de los textos que aparecen a continuación han sido tomados de las audiencias generales que el Papa Benedicto XVI había dedicado a cada una de estas extraordinarias figuras de la santidad. A los nombres de Hildegarda, Brígida, Catalina, y las dos Teresas que menciona el Papa Francisco, hemos querido añadir las respectivas catequesis sobre las santas Clara, Matilde, Gertrudis, Ángela de Foligno, Isabel de Hungría, Margarita de Oingt, Juliana de Cornillon, Juliana de Norwich, Verónica Giuliani, Catalina de Bolonia y Catalina de Génova, y Juana de Arco, también de Benedicto XVI. Además hemos incluido por nuestra cuenta algunas pinceladas sobre la figura y legado de santa Mónica, Edith Stein y santa Teresa de Calcuta. Cada texto es antecedido por una introducción nuestra en la que les ofrecemos alguna clave de lectura de la relación entre cada una de estas figuras y la vocación y misión de la mujer. Hemos visto conveniente añadir además algunas notas cuando hemos considerado necesaria alguna explicación.

Iniciamos con un capítulo de la carta apostólica Mulieris dignitatem, de san Juan Pablo II. Luego, considerando algún rasgo sobresaliente de la personalidad de cada una de estas santas, vamos trazando, pincelada tras pincelada, una especie de retrato del alma femenina. Después de acercarnos a estas figuras emblemáticas

[5] Gaudete et exsultate 10 - 13.

vamos a dar espacio a una especie de síntesis con dos textos, uno del Papa Benedicto sobre la llamada universal a la santidad, y otro del Papa Francisco en el que nos presenta algunas características que distinguen a una persona que está trabajando en serio por alcanzar la santidad en nuestro contexto. Cerramos este pequeño volumen con unas notas en las que quisiéramos poner de relieve algunas contribuciones específicas que nuestra generación espera de la mujer.

Aunque presentamos solo figuras femeninas, quisiéramos que sean también muchos los varones que lean estas páginas. La intención es contribuir a que todos valoremos cada día más el papel que la mujer está llamada a desempeñar en la construcción del mundo y en la formación del ser humano. En un tiempo en el que no pocas mujeres experimentan la tentación de ceñirse a modelos de vida propiamente masculinos, quisiéramos alentarlas a que no abdiquen de ser ellas mismas, y a que contradigan cuanto haga falta el espíritu de la época a fin de que nada les impida asumir con generosidad el proyecto de Dios para cada una: ser un reflejo de la belleza de la Inmaculada, que es Virgen y a la vez Madre de Dios. A la mujer ha confiado Dios de manera especial la humanidad, en sus manos está la vida y el corazón del mundo, por eso de ellas se espera un aporte fundamental e insustituible de cara a nuestro presente y a la construcción de un futuro en el que quede lugar para la esperanza.

Pensamos también de modo particular en las niñas y jóvenes. Y en la importancia de que tengan modelos, referentes y apoyo a fin de que puedan vivir en plenitud los mejores años de su vida, aprovechando esa etapa maravillosa de la juventud, puerta de entrada a una vida lograda. Todo eso dependerá naturalmente de la actitud que asuman ahora en casa, en la escuela, entre amigos y en los demás escenarios en donde se realiza su vida cotidiana. Ahora es el tiempo de la siembra y al final recogerán a manos llenas los frutos que con dedicación hayan cultivado. Esperamos que sepan hacer de la virtud, la generosidad, la donación, el esfuerzo y la entrega, el camino de su vida; en ese caso los frutos serán alegría, amor, una gran plenitud y fecundidad. La felicidad será el salario de aquellas que apuesten por la entrega como estilo de vida, la tristeza lo será de quien haya elegido el camino de la mediocridad.

A todas las mujeres nuestro reconocimiento y nuestro mensaje: "las necesitamos, las necesitamos muy mujeres", ustedes son, como escribió el cardenal Newman, la mitad del género humano, precisamente esa mitad a la que se le ha confiado la formación y educación de la otra mitad.

1. La actitud de Jesús hacia la mujer

La carta apostólica Mulieris dignitatem que san Juan Pablo II regaló a la Iglesia un 15 de agosto de 1988 no necesita demasiada presentación. Se ha convertido en un punto de referencia insustituible para todos los que trabajan por una correcta comprensión de lo que en verdad significa la habilitación y el empoderamiento de la mujer. Encontramos allí algunos criterios fundamentales para comprender la dignidad y vocación de la mujer, son esos mismos criterios los que veremos vividos en las historias de santidad que componen la mayor parte del libro que tienes ahora en tus manos. ¿Qué mayor realización, habilitación y empoderamiento de la mujer podríamos esperar que los que se realizan en la plenitud de vida y amor en que consiste la santidad? No hay una grandeza mayor que aquella que implica conocer las aspiraciones profundas del corazón y trabajar en serio por poner los medios para que se realicen en la entrega sincera a Dios y a los demás por amor.

Síntesis de la Carta Mulieris dignitatem

I. Introducción.

La dignidad de la mujer ha asumido en este tiempo una importancia muy particular. Llega la hora de poner los medios para que la vocación de la mujer se cumpla en plenitud. El misterio del ser humano, varón y mujer, solo encuentra luz en el Verbo encarnado, que desvela al hombre y a la mujer la verdad sobre su ser y altísima vocación. En el cristianismo la mujer ha ocupado un puesto de especial relevancia desde el comienzo, aunque siempre se pueden dar pasos para que ese hecho tenga consecuencias tanto en nuestra conciencia como en la vida práctica de nuestras comunidades. En este momento en que adquieren una influencia, un peso y un poder que no habían tenido, las mujeres llenas del espíritu del evangelio pueden ayudar muchísimo a que la humanidad no decaiga.

II. Mujer — Madre de Dios.

En la mujer, específicamente en una mujer, María, se realiza la más alta aspiración del corazón humano, el deseo de ver unida la humanidad con la divinidad. Ella colaboró de modo único en la Redención de todos los hombres. Se convirtió en modelo de acogida respecto a Dios, de quien es verdadera madre, y modelo no solo para la mujer, sino para la humanidad en conjunto. Ella, siendo Virgen, es al mismo tiempo la Madre de Dios y la madre de todos nosotros. En María se pone de manifiesto la dignidad extraordinaria de la mujer. "Madre de Dios" es el nombre propio de la unión con Dios que a ella le fue concedido. Ella es la madre, pero también la sierva, del que ha querido hacerse siervo por amor, hasta el punto de dar su vida. En el Reino que el Hijo de Dios ha venido a inaugurar "servir" es el modo auténtico de reinar, de realizarse, por eso ella es reina junto a Él. Aquella plenitud de gracia concedida a la Virgen pone de manifiesto la perfección de la feminidad, pues la gracia no prescinde ni anula la naturaleza: "Ha hecho obras grandes por mí el Poderoso".

III. Imagen y semejanza de Dios.

Aunque diferentes el hombre y la mujer, en cuanto personas poseen idéntica dignidad, pues han sido creados a imagen y semejanza de Dios y están llamados igualmente a la entrega sincera de sí a los demás. En ese "principio" del que habla la Biblia —la creación— se encuentra la base inmutable de toda la imagen cristiana del ser humano. El hombre y la mujer, seres dotados de razón, han de fungir como administradores de todo lo creado. El uno han de ser para el otro una "ayuda adecuada" no solo en el orden de la práctica, sino en el de la vida considerada en sí misma. En el acto mismo de la creación se inserta la perspectiva del matrimonio como camino para realizar la vocación humana a la entrega de sí y para la transmisión de la vida. Ser persona es existir en relación, llamada a vivir con los demás una comunión de amor en la que se refleje la comunión de la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: tres personas que se define por la relación que guardan cada una con las otras. Según este modelo, la realización humana solo se logra convirtiéndose en un don, existiendo para los demás. Esta llamada a la entrega sincera de sí constituye una

especie de definición de lo que es y está llamada a ser cada persona.

IV. Eva — María.

La creación es una donación especial por parte del Creador en la que están contenidos la fuente y el fundamento de la dignidad del ser humano, así como el comienzo de la llamada a participar de la vida íntima de Dios mismo. Creación significa también "comienzo de la historia de la salvación". Desde los orígenes, el ser humano abusó de su libertad al rechazar a Dios, de quien desconfió y de cuya referencia se quiso liberar. El pecado provoca ruptura: respecto a Dios —fuente de la unidad interior del ser humano— así como respecto a los demás y a la naturaleza misma. El mismo acto que ofende a Dios hiere profundamente al ser humano, dando comienzo a la experiencia de la fatiga, el dolor y la muerte. La imagen y semejanza de Dios que permanece en el ser humano aun después de la caída ha quedado, sin embargo, profundamente ofuscada.

El ser humano, en lo profundo del corazón, se siente llamado a la comunión, este deseo es el que encamina a las personas hacia la unión matrimonial. El matrimonio está en función de la realización de cada una de las personas y de la comunión fundada entre ellas. Ninguno puede convertirse en objeto de dominio y posesión para el otro. El pecado ha roto, de hecho, la armonía en las relaciones humanas y, en lo que concierne a la relación entre varón y mujer, ha dado ocasión a muchas situaciones injustas tanto dentro como fuera del matrimonio, y a estructuras en las que la mujer se encuentra en desventaja y discriminada. Solo el reconocimiento de la dignidad, vocación y derechos que resultan de la diversidad específica y de la originalidad del hombre y de la mujer, corresponde al proyecto de Dios.

No es la renuncia a las características propias de la feminidad el camino para que la mujer se realice plenamente, cuando la mujer quiere apropiarse de las características masculinas en contra de su propia originalidad, entonces se deforma y pierde lo que constituye su riqueza esencial. La conversión personal de todo ser humano, varón o mujer, es la única solución verdadera a las situaciones de injusticia contra ellas. Hombre y mujer no son más o menos el uno que el otro, solo son diferentes. Cada uno debe entender su

realización sobre la base de los recursos personales que recibieron el día que fueron creados. En todos los casos en los que el hombre es responsable de lo que ofende la dignidad personal y la vocación de la mujer, actúa contra sí mismo, envileciéndose.

Eva, como "madre de todos los vivientes" es testigo del comienzo en que están contenidas la verdad sobre la creación del ser humano a imagen y semejanza de Dios, y la verdad sobre el pecado original. María es testigo del nuevo principio y de la nueva creación. Ella, primera redimida, es la "llena de gracia" en quien tiene su comienzo la nueva y definitiva Alianza de Dios con la humanidad. Esta es la absoluta novedad del Evangelio. María es la imagen de la mujer tal como fue querida en la creación, es el nuevo principio de la dignidad y vocación de la mujer, de todas y cada una de ellas. También a toda esa riqueza de ser mujer hacen referencia las palabras de la Virgen: "ha hecho en mi favor maravillas". A esta constatación debe llegar constantemente el corazón de cada mujer, para dar forma a su propia vocación y a su vida.

V. Jesucristo.

En este capítulo, que a continuación ofreceremos casi completo, se nos presenta a Jesús como el paradigma que nos ofrecen los evangelios para aprender qué significa respetar y valorar a la mujer y su misión.

VI. Maternidad — virginidad.

No se puede entender adecuadamente ni lo que es humano ni tampoco la acción de Dios en la historia, sin una adecuada referencia a lo que es femenino. Hay que comprender, en primer lugar, la virginidad y la maternidad como dos dimensiones particulares de la realización de la mujer. Ella es alguien que tiene la capacidad de decidir sobre sí misma, y, por tanto, de encontrar su realización en el don sincero de sí. En el caso de la mujer, la entrega de sí y, por tanto, la realización tienen dos implicaciones: la esponsalidad (en el matrimonio o en la entrega a Cristo con un corazón indiviso) y la maternidad (física y/o espiritual). El don mutuo de los esposos se abre hacia el don de una nueva vida, ellos participan del poder creador de Dios. Se podría decir que la

constitución física, psíquica y espiritual de la mujer tiene una disposición natural para la maternidad, que implica una apertura especial hacia la nueva persona.

Aunque los dos, él y ella, son los padres de la nueva criatura, la mujer desempeña en relación con el recién concebido o recién nacido un papel muy especial, algo así como la parte más cualificada; en ella la maternidad se vive desde lo más profundo de su ser. Ella es la que "paga" directamente por el desarrollo del niño en gestación. El hombre adquiere una deuda especial con la mujer, a través de la cual va viviendo, sobre todo al principio, su propia paternidad. La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida, un modo único de contacto con el hombre, que caracteriza profundamente la personalidad de la mujer, más capaz que el hombre de dirigir su atención hacia la persona concreta. La educación, un aspecto en que la paternidad física se hace espiritual, es tarea de los dos, pero también aquí la contribución materna es decisiva y básica para la nueva personalidad humana, la mamá imprime en cada quien un toque esencial para que crezcamos como personas: de la mujer depende de manera decisiva la misma humanidad de la nueva criatura, representando también una llamada y un desafío especial dirigidos al hombre y a su implicación en el proceso de desarrollo de cada hijo.

Puesto que el hombre no es solo carne, también la maternidad abarca la dimensión espiritual. De modo que aquellas personas llamadas a renunciar al matrimonio para dedicarse de modo total, exclusivo, estable y perenne a Dios y a sus cosas, están también llamadas a vivir, en medio de su consagración y siguiendo el ejemplo de la Virgen de Nazaret, una verdadera maternidad en el espíritu mediante diversas formas de solicitud, volcándose con sus servicios sobre cuantos se hallan en el radio de su acción. En esta forma de vida se realiza de un modo todavía más elocuente aquella llamada a la entrega gratuita y desinteresada de la propia persona, en la relación esponsal con Cristo y en la maternidad ejercida en relación con todos los hijos de Dios. Esta entrega fecunda nos permite entender mejor la acción salvífica de Dios y la misión misma de la Iglesia.

VII. La Iglesia, esposa de Cristo.

San Pablo proyecta sobre la relación entre el hombre y la mujer en el matrimonio la luz potente de la relación entre Cristo y la Iglesia. Ese debe ser el punto de referencia para entender el modo correcto de ser esposos. El matrimonio se comprende como un reflejo de aquella entrega plena y de aquel amor con que Cristo, cabeza de la Iglesia, ama a ésta que es su cuerpo. Allí está el modelo de esposo que se sacrifica para santificar a su esposa, y allí encontramos también el modelo de esposa que intenta embellecerse y pertenecer a quien le ha amado hasta el punto dar su vida por ella. La fidelidad de Dios y su amor misericordioso es la garantía de la fidelidad humana, a la que hace posible y en la cual se manifiesta un reflejo del amor y fidelidad divinos. La aceptación por parte del esposo es para la esposa fuente de afirmación y abre el camino para que su personalidad se desarrolle y enriquezca plenamente. Ese es el estilo de Cristo al tratar a la mujer y es, por tanto, el estilo que debe asumir cualquier hombre en relación con ellas. En el matrimonio todo esto supone una sumisión recíproca que manifiesta la entrega mutua del esposo y la esposa, exigencia que pone de manifiesto la novedad del evangelio respecto a las costumbres de Israel.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se utiliza la figura de la esposa para representar la relación de la comunidad —Israel, la Iglesia— respecto a Dios. De ese modo "ser esposa" y, por consiguiente, "lo femenino", se convierte en símbolo de todo lo humano. Es por la humanidad, por la Iglesia, por quien Cristo se ha entregado: "Tanto amó Dios al mundo"… "No hay amor más grande"… "Amo hasta el extremo"… Dentro de la Iglesia cada ser humano es la "esposa", en cuanto recibe el amor de Cristo Redentor como un don y también en cuanto intenta corresponder con el don de la propia persona. El Esposo, hijo de Dios, se ha convertido en el hijo de María, hijo del hombre, verdadero Dios y verdadero hombre. Jesús, como hombre, reveló la dignidad de las mujeres, dignidad idéntica a la del varón, no obstante la originalidad que distingue a cada uno, toda esa riqueza que le fue otorgada por el Creador. Cristo es el paradigma y ejemplo para todo amor humano, particularmente para el amor del varón.

Como una esposa, todos en la Iglesia estamos llamados a responder con el don sincero de nosotros mismos al don del Redentor. Por eso todos participamos del sacerdocio del único sacerdote de la Nueva Alianza, Cristo. Esta participación nos llama

a ofrecernos como víctimas vivas, santas y agradables a Dios; a dar en todo lugar testimonio de Cristo; y a dar razón de la propia esperanza en la vida eterna a quien lo pida. Es cierto que por voluntad de Cristo, que "es veraz y que enseña el camino de Dios con franqueza, porque no busca quedar bien con las personas" (Mt. 22, 16), al ministerio sacerdotal solo están llamados varones, realidad que pone todavía más de relieve la relación esponsal entre la Iglesia y Jesús, el esposo. Sin embargo, en la jerarquía de la santidad, precisamente una mujer, María de Nazaret, es figura de la Iglesia. Ella nos precede a todos y en su persona la Iglesia ha alcanzado ya la perfección con la que existe inmaculada y sin mancha. La iglesia es, a la vez, "mariana" y "apostólico-petrina". Junto a María, muchas otras mujeres a lo largo de la historia, mediante su santidad, son una encarnación el ideal femenino, al mismo tiempo que un modelo de seguimiento de Cristo para todos los cristianos, un modelo de cómo la Esposa ha de responder, con amor, al amor del Esposo.

VIII. La mayor es la caridad.

La "mujer" es una especie de paradigma que recorre toda la sagrada Escritura, desde el primero hasta el último de sus libros, ocupando un puesto central cuando llega la "plenitud de los tiempos". En ella se encuadra, desde el principio hasta el final de la historia, la lucha contra el mal y contra el Maligno, lo mismo que la lucha a favor del hombre, de su bien verdadero, de su salvación. En la mujer, la historia constata una dramática batalla por cada hombre, por su fundamental sí o no a Dios y a su designio sobre la humanidad.

La mujer en sí misma es una especie de profecía: la analogía del Esposo y de la Esposa habla del amor con que todo ser humano es amado por Dios en Cristo. El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano, por tanto, la mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando amor a los demás. El orden del amor pertenece a la vida íntima de Dios mismo, a la vida trinitaria. Mediante el Espíritu, el amor se convierte en un don para las personas creadas. Con la creación de la mujer el amor halla un terreno para echar su primera raíz en el mundo creado de las personas. La Esposa, la humanidad - la Iglesia, es amada; es la que recibe el amor, para amar a su vez. Esto vale también para cada

mujer concreta: ella recibe el amor, es amada, para a su vez amar. Todo esto leído a la luz del evangelio nos dice también que la dignidad de la mujer es medida en razón del amor, que es esencialmente orden de justicia y caridad. El amor es una exigencia ontológica y ética de la persona, solo así se explica el primado del amor, tal como lo enseñó Jesús.

La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que Dios le confía de modo especial al hombre, es decir, al ser humano. Ello decide principalmente cuál es la vocación de la mujer. Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de parte de Dios mismo, y todo ello la hace "fuerte" y la reafirma en su vocación. De este modo, la "mujer perfecta" se convierte en un apoyo insustituible y en una fuente de fuerza espiritual para los demás, que perciben la gran energía de su espíritu. A las "mujeres perfectas" deben mucho sus familias y también las Naciones. En nuestro tiempo el progreso técnico y económico alcanzado por algunos sectores de la humanidad, un progreso a veces unilateral y que es ocasión de marginación para muchos, puede llevar también a una gradual pérdida de sensibilidad por el hombre, por todo aquello que es esencialmente humano. En este sentido, sobre todo el momento presente espera la manifestación de aquel "genio" de la mujer, que asegure en toda circunstancia la sensibilidad por el hombre, por el hecho de que es ser humano, y por su necesidad de amar y ser amado, pues "la mayor es la caridad" (1 Cor 13, 13).

IX. Conclusión.

Todo el documento está orientado a reconocer desde el interior del "don de Dios" lo que Él, creador y redentor, confía a la mujer, a toda mujer. En el Espíritu de Cristo ella puede descubrir el significado pleno de su femineidad y de esta manera, disponerse al don sincero de sí a los otros, para, por ese camino, encontrarse a sí misma. La Iglesia desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el «misterio de la mujer» y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las «maravillas de Dios», que en la historia de la humanidad se han cumplido en ella. En definitiva, ¿no se ha obrado en ella y por medio de ella lo más grande que existe en la historia del hombre sobre la tierra, es decir, el acontecimiento de que Dios mismo se ha hecho hombre?

Con los números 12 a 16 de Mulieris dignitatem queremos inaugurar esta serie de textos sobre la realización de la mujer. Se trata, como ya se había anunciado, del capítulo quinto, que tiene por título "Jesucristo". He ahí al hombre, en Él se encuentra el punto de referencia fundamental e insustituible para aprender también nosotros las actitudes adecuadas. No se puede ser cristiano si no se valora y respeta a la mujer, su vocación y misión, a la manera que lo hiciera el Hijo de Dios encarnado.

«Se sorprendían de que hablara con una mujer»[6]

La redención del ser humano se hace realidad en Jesucristo, Él con sus palabras y actitudes hacia las mujeres nos aclara en qué consiste la dignidad y vocación femenina, la sencillez del mensaje de Jesús lo hace todavía más extraordinario; se trata de una actitud caracterizada por una extraordinaria transparencia y profundidad. Diversas mujeres aparecen en el transcurso de la misión de Jesús de Nazaret, y el encuentro con cada una de ellas es una confirmación de la «novedad de vida» evangélica.

Es algo universalmente admitido que Cristo fue ante sus contemporáneos el promotor de la verdadera dignidad de la mujer y de la vocación correspondiente a esta dignidad. A veces esto provocaba estupor, sorpresa, incluso llegaba hasta el límite del escándalo. «Se sorprendían de que hablara con una mujer» (Jn 4, 27) porque este comportamiento era diverso del de los israelitas de su tiempo. Es más, «se sorprendían» los mismos discípulos de Cristo. Por su parte, el fariseo, a cuya casa fue la mujer pecadora para ungir con aceite perfumado los pies de Jesús, «se decía para sí: Si éste fuera profeta sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora» (Lc 7, 39). Gran turbación e incluso «santa indignación» debían causar en quienes escuchaban, satisfechos de sí mismos, aquellas palabras de Cristo: «los publicanos y las prostitutas os precederán en el reino de Dios» (Mt 21, 31).

Quien así hablaba y actuaba daba a entender que conocía a fondo «los misterios del Reino». También conocía «lo que en el

---

[6] Juan Pablo II, Mulieris dignitatem, capítulo V (nn. 12-16).

21. Quien busca a la verdad busca a Dios

Escribió Edith Stein: "Lo que no estaba en mi plan, estaba en el de Dios. Y cuanto más frecuentemente me sucede algo parecido, más viva se hace en mí la convicción de que —visto desde Dios— no hay casualidad, que toda mi vida está diseñada en todos sus detalles en el plan de la divina Providencia, y que ante los ojos de Dios, que lo ven todo es una totalidad llena de sentido". Esto es válido también para nosotros.

Al igual que las otras mujeres con las que nos hemos topado a lo largo de estas páginas, también la vida de Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz, está llena de enseñanzas. En lo que sigue podemos asomarnos a algunas de ellas:

Una lección de familia. "En medio y junto a toda la entrega al trabajo yo mantenía la esperanza en lo íntimo del corazón de un gran amor y un matrimonio feliz. Sin tener la menor idea de la doctrina de la fe y de la moral católicas, vivía transida del ideal del matrimonio católico", escribió en su autobiografía. Ella era la más pequeña de los once hijos del matrimonio constituido por Sigfried Stein y Auguste Courant. Siempre se distinguió por su inteligencia brillante y por ser un poco voluntariosa. Toda la vida de Edith Stein, también su vida espiritual que culminó con el martirio está de alguna manera marcada por la formación que recibió en casa, sobre todo por parte de su madre. Queremos decir que en casa se pusieron los cimientos humanos sobre los que se pudo construir una historia como la suya. Sin aquellas bases toda su vida posterior habría quedado privada de su fundamento necesario.

Una lección de feminidad: Su vida estuvo marcada por la lucha a favor del reconocimiento de los derechos de la mujer. Aunque también tuvo que sufrir en carne propia la discriminación tan acentuada en aquella época y que, desgraciadamente no ha acabado del todo. Cierto que entonces se dieron pasos importantes hacia el reconocimiento de nuevas oportunidades, pero no las suficientes. Edith tuvo ocasión de reflexionar mucho sobre las características propias de lo que Juan Pablo II llamaba "el genio femenino", y buena parte de su trabajo estuvo dedicado a difundir

el conocimiento de la riqueza, vocación y misión propia de la mujer en el mundo y en la Iglesia.

Una lección de honradez: "quien busca la verdad consciente o inconscientemente busca a Dios", escribió Edith. Su vida fue un itinerario de búsqueda, y al final encontró la verdad que tanto anhelaba. Más aún, la Verdad misma le salió al encuentro, pues fue el Señor el que se hizo presente en su vida, para dejarse encontrar por ella. La vida y obra de santa Teresa Benedicta de la Cruz nos muestra cuál es el camino para llegar a las más altas cimas de la perfección: la honradez para seguir las insinuaciones de la conciencia con toda humildad. Se trata de un trabajo permanente de conversión y de fidelidad a lo que vemos claro. Como decía san John Henry Newman: "no pido ver la escena distante, me basta el siguiente paso", Edith Stein no dejó de dar ni uno solo de los pasos que Dios le pedía, y así fue avanzando progresivamente hacia una luz cada vez mayor. Esto supuso para Edith una actitud permanente de atención orante a las insinuaciones del Espíritu Santo y de prontitud fiel a sus sugerencias.

Una lección sobre lo terrible que puede llegar a ser el olvido de Dios y el consiguiente desprecio del hombre: Santa Teresa Benedicta de la Cruz sufrió hasta las últimas consecuencias un siglo marcado por el desprecio continuo de lo humano hasta límites insospechados. No fue un mal en edición limitada. Es la consecuencia natural de quien hace a un lado a Dios y entonces vive en una ilusoria absolutización del yo, convertido en único punto de referencia. Nunca la humanidad había sufrido más hondas angustias respecto de su identidad y destino. El siglo pasado, al igual que el que estamos comenzando ha sido testigo de algunos de los horrores más terribles de los que se ha tenido noticia en toda la historia. Edith experimentó la misericordia, pero aprendió también que el amor de Dios y su misericordia no significan la banalización del mal como si de algo superfluo y aparente se tratara; por el contrario, el mal es siempre una realidad terrible. Y nosotros, sin embargo, no acabamos de aprender las lecciones del pasado, pertenecemos a una generación que hace oídos sordos a una historia que es también historia de iniquidad.

Una lección de valentía: no respondió al mal con la evasión ni con una actitud cínica, tampoco se limitó a quejarse y echar las culpas a los demás; enfrentó el mal cara a cara, sin dejarse vencer.

El mundo se ve tentado a responder a la violencia con una violencia mayor o con diversas formas de evasión. Ella nos muestra que el mundo se salva por el crucificado y no por los crucificadores, y que nosotros solo podemos combatir el mal en la medida que no nos dejamos vencer por Él. Dios que se hizo a sí mismo cordero, nos llama a ofrecernos junto con Él en holocausto. Reconocemos la paciencia de Dios que parece dar un amplio margen a las posibilidades de la libertad en este mundo, pero cuya misericordia es el límite impuesto al mal.

La suya es, por tanto, una lección de entrega total a Cristo y a la Iglesia por la salvación de todos los hombres. En una actitud de conversión permanente. Una lección que nos muestra el secreto para vivir una existencia plena: el esfuerzo, el uso responsable de nuestra libertad, el desarrollo de la propia capacidad de amar, en definitiva: darnos a todos, darnos siempre, darnos del todo.

Edith Stein[44]

"Nos inclinamos profundamente ante el testimonio de la vida y la muerte de Edith Stein, hija extraordinaria de Israel e hija al mismo tiempo del Carmelo, sor Teresa Benedicta de la Cruz; una personalidad que reúne en su rica vida una síntesis dramática de nuestro siglo. La síntesis de una historia llena de heridas profundas que siguen doliendo aún hoy...; síntesis al mismo tiempo de la verdad plena sobre el hombre, en un corazón que estuvo inquieto e insatisfecho hasta que encontró descanso en Dios" (Juan Pablo II, Homilía de la beatificación de Edith Stein, Colonia, 1 de mayo de 1987).

Edith Stein nació un 12 de octubre de 1891, se trata de la más pequeña de los once hijos —cuatro de ellos murieron prematuramente— del matrimonio constituido por Auguste Courant y Siegfried Stein. El día que ella nació se celebraba la fiesta judía de la expiación. Sus padres, judíos piadosos, veían en ese hecho una coincidencia que les hacía tener una cierta predilección por la hija pequeña. La misma Edith, leía en aquello una clave para comprender toda su vida.

---

[44] Por Adrián Aguilera, de la Newman Society.

Casi dos años después del nacimiento de Edith tuvo lugar la muerte de su padre, provocada por una insolación. La viuda, Auguste, consideró poco digno quedarse cómodamente a la espera de que los parientes y amigos de la familia salieran en su ayuda y hacerse dependiente de su caridad. Se determinó, en cambio, a poner todo el empeño posible por sacar adelante a la familia, para ello decidió hacerse cargo y continuar el negocio de maderas que había comenzado su esposo tiempo antes. Le parecía humillante renunciar al esfuerzo y quedarse encerrada en el estrecho círculo de la autocompasión. Como emprendedora su éxito en los negocios fue rotundo, sin que ello supusiera un descuido de sus deberes como madre de familia. A las dos hijas más pequeñas, Erna y Edith, les toco crecer cuando la situación económica de la familia era bastante holgada.

La madre necesitó mucho amor, tacto, finura, pero también paciencia y fortaleza para educar a sus hijos. Respecto a sí misma nos cuenta Edith que "en los primeros años de mi vida era como un azogue, viva, siempre en movimiento, de genio chispeante, ocurrente, atrevida, entrometida. Además, indomable, voluntariosa, colérica cuando algo me contrariaba" Y también revela que "en mi interior había un mundo escondido. Todo lo que durante el día veía y oía lo elaboraba por dentro" (Autobiografía II, 1,3; en: Obras completas I, p. p. 204-205). Cuanto cuidado y trabajo supuso para Auguste la orientación de una personalidad como la de su pequeña hija. Al igual que su madre, Edith Stein sería una mujer tenaz y emprendedora, capaz de sacar adelante los proyectos en los que decidía inmiscuirse. Todo esto sin perder por nada del mundo el respeto hacia su propia feminidad.

Siendo pequeña consideraba una humillación que la enviaran al jardín de niños y no a la "escuela grande". Deseaba como regalo de cumpleaños que le permitieran acceder a la escuela primaria, y se salió con la suya, pues la aceptaron a prueba, razón por la que iba un año adelantada con respecto a sus compañeros. Inmediatamente comenzó a dar muestras de una inteligencia brillante, de hecho sus familiares la llamaban "la lista Edith". En casa se pensaba de ella que era lista y ambiciosa. A ella nunca le gustó que la distinguieran solo por ser lista, pues desde pequeña se daba cuenta que "es más importante ser bueno que listo" (Autobiografia II, 3,3, p. 260)

Como ella comenzaba a preocuparse "de cuestiones, especialmente de las relativas a la manera de ver el mundo, de las cuales en la escuela no se nos decía gran cosa" (Autobiografía II, 3, 3, p. 257-58), decidió a los catorce años y medio hacer un paréntesis en su vida escolar y en 1906 se fue un tiempo a Hamburgo, a vivir con su hermana Else y con el esposo de ésta, el dermatólogo Max Gordon. Allí permanecería diez meses. La pareja esperaba a su segundo hijo, por lo que vino muy bien para ellos la presencia y la ayuda de Edith, y a ella también le convenía mucho aprender y perfeccionarse en algunas tareas de casa y del cuidado de los niños.

Durante ese tiempo tuvieron lugar algunos cambios importantes en la personalidad de Edith, que leía todo el tiempo que se lo permitía el trabajo. Físicamente se transforma en una señorita, al mismo tiempo toma conciencia de la grave discriminación que experimentaba la mujer en la Alemania de entonces, lo cual dejará en ella una fuerte inclinación hacia la lucha por la igualdad de derechos de la mujer con respecto al varón. Tiempo después entró a formar parte de la "Asociación Prusiana para el Derecho Femenino al Voto". Escribió respecto a aquel periodo: "como bachiller y joven estudiante, fui una feminista radical. Perdí después el interés por este asunto. Ahora voy en busca de soluciones puramente objetivas".

Max y Else eran ateos, y en su casa se era consecuente con aquella opción. Mientras estaba allí, Edith decidió consciente y libremente abandonar la costumbre de rezar, práctica que desde pequeña le habían inculcado en su casa. De esa época procedían algunas lecturas que continúo tiempo después y que le llenaron de prejuicios en contra de la fe y práctica religiosa. Ella, una chica lista e inclinada al estudio, pensaba que no debía creer en las cosas que no podía comprobar a la manera como se realizan las demostraciones matemáticas o las de las ciencias naturales. Su consigna fue a partir de entonces "servir a la humanidad".

Después de aquel paréntesis en Hamburgo, Edith volvió a Breslau, donde estaba su madre y el resto de la familia. Se puso a reflexionar sobre su futuro y llegó a la conclusión de que "sería más sensato que fuera yo al Instituto y no conformarme con colaborar ocasionalmente un poco". Durante los meses siguientes preparó el examen de ingreso al instituto, pudiendo acceder al séptimo de los

nueve cursos que entonces tenían que acreditar las mujeres. En 1911 terminó el bachillerato y comenzó sus estudios en la universidad de la misma ciudad, allí cursó historia, filología, psicología y filosofía. Estaba convencida de que le esperaba algo grande, pensaba que su contribución tenía que ver con ayudar a los demás a comprender mejor la realidad humana y el sentido de la vida.

En 1913 se trasladó a Gotinga para asistir a las clases de Edmund Husserl[45], uno de los más famosos intelectuales europeos de esa época, del que llegaría a ser asistente personal entre 1916 y 1918. Husserl fascinaba al público con una nueva manera de enfocar el problema del conocimiento, mediante la cual tomaba distancia del formalismo kantiano[46]. En oposición al subjetivismo, los discípulos de Husserl —los fenomenólogos— entendían su filosofía como un viraje hacia lo concreto: "volver a las cosas". Sin que él lo pretendiera, la fenomenología condujo a muchos de ellos de regreso a la fe cristiana. En Gottinga Edith Stein se encontró también con el filósofo Max Scheler y este encuentro atrajo su atención sobre el catolicismo. Pero todo esto no la hizo olvidar el estudio, y así, ya en 1915, había superado con la máxima calificación el examen de estado.

Dadas las circunstancias de la época, no quiso comenzar inmediatamente la formación profesional. Durante la Primera Guerra Mundial, Edith Stein se había enlistado como voluntaria de la Cruz Roja, después de un curso intensivo sirvió como auxiliar de enfermería en un hospital militar en Austria: "ahora ya no tengo una vida propia". Fueron tiempos difíciles para ella. Atendía a los ingresados en la sección de enfermos de tifus y prestaba servicio en

---

[45] Edmund Husserl (1859-1938). Filósofo alemán. Fundador del movimiento fenomenológico.

[46] Según Immanuel Kant (1724-1804) no hay forma de saber cómo son las cosas en realidad, ya que las estructuras de nuestra mente intervienen indefectiblemente en los procesos cognoscitivos. La obra de Kant, a la que él llamó "Crítica" constituyó un intento por desvelar esas estructuras. Contrariamente a lo que él buscaba, su trabajo fue punto de partida de un subjetivismo cada vez más radical. Por eso surgen en el siglo XX diversos movimientos de oposición al kantismo, la fenomenología es uno de los más importantes, y fue iniciado por un círculo de estudiosos que bajo el lema "volver a las cosas mismas" se reunieron en torno a la figura de Edmund Husserl (1859-1938), a quien se considera fundador de este movimiento.

el quirófano, le impresionaba profundamente ver morir a tantos jóvenes.

Al cerrar el hospital militar en 1916, volvió a su Breslau donde sustituyó por algún tiempo a un profesor enfermo en la que había sido su escuela. En 1916, bajo la dirección de Husserl concluyó con la máxima nota el doctorado en filosofía en la universidad de Friburgo con una tesis sobre la empatía.

Fue rechazada como profesora de la universidad por su condición femenina, razón por la cual se dedicó a dar clases particulares, lo mismo que a sacar adelante proyectos de investigación y a colaborar en diversas iniciativas académicas en colaboración con algunos amigos suyos. Durante todos esos años, Edith se dedica intensamente a defender los derechos de la mujer y a proponer una seria reflexión en torno a la importancia de la aportación femenina de cara a la construcción de la sociedad, lo hace a través de escritos y conferencias por varias ciudades.

Su conversión al catolicismo es uno de los acontecimientos más importantes de la vida de Edith Stein: en 1922 recibe el Bautismo, la confirmación y la primera comunión. Después de su conversión, lo primero que hizo fue volver a Breslau para informar a su madre respecto al paso que había dado. Las lágrimas de una y otra no se hicieron esperar; Hedwig Conrad-Martius, madrina de Edith y una de las personas que más influyeron para que ella diera aquel paso, comento refiriéndose a aquel encuentro entre madre e hija: "mira, dos israelitas y en ninguna de ellas hay engaño" (cf. Jn 1, 47).

Aspira a entrar inmediatamente al Carmelo de Colonia, pero sus consejeros espirituales no lo vieron prudente —entre ellos el Vicario general de Espira y el Padre Erich Przywara, S.J.—. Entre 1923 y 1925 traduce al alemán las obras del cardenal John Henry Newman y luego algunas de Santo Tomás, intentando abrir un diálogo entre este último y la filosofía moderna. Es, además, profesora de alemán e historia en el Instituto y seminario para maestros del Convento dominico de la Magdalena de Espira, empleo que se prolongará hasta la Pascua de 1931. Raphael Walzer, Archiabad del convento de Beuron, la impulsa a ir de un lado a otro impartiendo una serie de conferencias, sobre todo sobre temas femeninos. Es en el convento de Beuron donde se refugia en las fiestas importantes para cultivar el recogimiento y la relación con Dios. De ese periodo proceden sus primeras obras filosóficas.

El p. Przywara la había animado a ofrecer sus propias aportaciones en este terreno.

A propósito de ese tiempo escribió: “Durante el período inmediatamente precedente y también bastante después de mi conversión... creía que llevar una vida religiosa significaba renunciar a todas las cosas terrenas y vivir solamente con el pensamiento puesto en Dios. Gradualmente, sin embargo, me he dado cuenta de que este mundo exige de nosotros otras muchas cosas..., creo, incluso, que cuanto más se siente uno atraído por Dios, más debe ‘salir de sí mismo’, en el sentido de dirigirse al mundo para llevar allí una razón divina para vivir”.

En 1932, después de varios intentos por que se le permitiera realizar la tesis de habilitación a la libre docencia —cosa que nunca pudo realizar, primero por ser mujer y luego por ser judía—, se le asigna una cátedra en una institución católica, el Instituto de Pedagogía científica de Münster, donde tiene la posibilidad de desarrollar su propia visión antropológica.

En 1933 entra por fin en la vida religiosa. Los días anteriores los pasó en Breslau, a donde había ido para despedirse de su madre y de la familia. El 12 de octubre de aquel año, día de su cumpleaños, fue el último que pasó en su casa. Había acompañado a su madre a la sinagoga, en ese año se celebraba la fiesta de los tabernáculos. Fue un día nada fácil, que transcurrió entre lágrimas. Al día siguiente parte temprano hacia Colonia para proseguir con sus planes: "No podía tener una alegría arrebatadora. Era demasiado tremendo lo que dejaba atrás. Pero yo estaba tranquilísima, en el puerto de la voluntad de Dios”. En los años siguientes enviaría cada semana una carta a su madre, ésta nunca respondió.

Ingresó al Carmelo de Colonia el 15 de octubre de 1933, asumiendo el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. El 21 de abril de 1935 hizo los votos temporales. El 14 de septiembre de 1936, mientras Edith renovaba sus votos, en Breslau moría su madre: ” Hasta el último momento mi madre ha permanecido fiel a su religión. Pero, puesto que su fe y su firme confianza en su Dios... fue lo ultimo que permaneció vivo en su agonía, confío en que haya encontrado un juez muy clemente y que ahora sea mi más fiel abogada, para que también yo pueda llegar a la meta”. En Colonia escribió algunas notas autobiográficas con el título de “la historia de una familia judía”.

En el recordatorio de su profesión perpetua, el 21 de abril de 1938, hizo imprimir las palabras de San Juan de la Cruz, al que dedicará su última obra: "que ya sólo en amar es mi ejercicio". En esos años escribe su principal obra filosófica "Ser finito y ser eterno". En 1938, una vez que se puso de manifiesto el odio de los nazis hacia el pueblo judío, sus superiores deciden trasladarla a Holanda, para protegerla del régimen. La noche del fin de año cruza la frontera y es llevada al monasterio de las Carmelitas en Echt. Estando allí escribió "La ciencia de la cruz", un ensayo escrito a toda prisa sobre san Juan de la Cruz, con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento (en 1542).

Después que Alemania invadió Holanda como venganza por una declaración de protesta que habían hecho contra el régimen los obispos de los países bajos, y mientras se hacían las gestiones para un nuevo traslado, es arrestada junto con su hermana Rosa, que para entonces ya había sido bautizada en la iglesia católica y prestaba servicio como portera en el convento. Era el 2 de agosto de 1942. "Ven, vayamos, por nuestro pueblo", fueron las palabras de Edith. Fue trasladada al campo de concentración de Westerbork, donde permanecería hasta el 7 de agosto, día en que fue transportada, junto con su hermana Rosa y otros 985 judíos, al campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, en Polonia, donde murió en la cámara de gas el 9 de agosto.

Esta historia fascinante nos permite ser testigos de un cambio impresionante: desde la adolescente que se reveló contra las piadosas costumbres de su familia hasta la monja carmelita que entrega su vida a través del martirio. ¿Cómo se explica esta evolución? Sin duda es de esas obras maestras que la gracia realiza en los corazones de las personas que son honradas; pero los proyectos de Dios están también subordinados a la libre colaboración de las personas, en este caso ante todo de la misma Edith, pero no solo de ella. En esta historia ella ha recibido el influjo antes que nada de la educación recibida en casa, por parte de su madre, y también el de varios amigos a los que debe de alguna manera el haber descubierto la hermosura de la fe cristiana. De su familia ya hemos hablado, por eso vamos a centrarnos solo en algunos acontecimientos que marcaron la pauta de su evolución hacia el catolicismo:

En 1913 había asistido a las clases del filósofo Max Scheler el cual la ayudó —como a otros muchos jóvenes de la época— a superar los prejuicios racionalistas en contra de la fe: no es que las cuestiones que tienen que ver con la fe carezcan de seriedad, más bien se trata de temas que no son susceptibles del mismo tipo de pruebas que las ciencias naturales o las matemáticas, porque a diferencia de éstas nos remiten a realidades que no podemos manipular a nuestro antojo.

El mismo año conoció a la familia de uno de sus colegas, ellos se habían convertido del judaísmo al cristianismo unos meses antes, se trata del matrimonio compuesto por Adolf y Anne Reinach. En su casa pudo constatar la belleza de la doctrina y de la vida cristianas, que iluminaba la vida de aquella familia. También en el año de 1916 la ya para entonces doctora Edith Stein se quedó muy conmovida por la oración personal de una mujer sencilla que después de realizar sus compras entró en la catedral de Frankfurt y se queda un buen rato allí en oración: "esto fue para mí algo completamente nuevo. En las sinagogas y en las iglesias protestantes que he frecuentado los creyentes acuden a las funciones. Aquí, sin embargo, una persona entró en la iglesia desierta, como si fuera a conversar en la intimidad. No he podido olvidar lo ocurrido".

Pero “el golpe definitivo” lo recibió en el año 1917 con ocasión de la muerte de su amigo Adolf Reinach, ya que el testimonio de fe y esperanza por parte de la viuda le impresiona profundamente. Para ella fue de lo más edificante la actitud de Anne Reinach después de la muerte algo imprevista de su marido. Sabiendo que se trataba de una de las principales conocedoras del trabajo intelectual del difunto, Edith fue solicitada por Anne para que ayudase a “ordenar los papeles” que había dejado su esposo. Sorprendida y a la vez honrada por la confianza, no dudó en aceptar. Pero le preocupaba mucho qué palabras de consuelo tendría que decir a la viuda para ayudarla a calmar la desesperación de la que, según Edith, sería presa en aquellos momentos. Al llegar allí se llevó una gran impresión, que le causó

"un auténtico desconcierto"[47], esperaba encontrarla abatida y desesperada, y en cambio la encontró no solo resignada, sino que, en medio del comprensible dolor, estaba serena, hasta el punto que fue la viuda la que pudo transmitir paz a la futura mártir: "Este ha sido mi primer encuentro con la cruz y con la fuerza divina que transmite a sus portadores... Fue el momento en que se desmoronó mi irreligiosidad y brilló Cristo". Durante aquellas jornadas Edith se estuvo preguntando una y otra vez si podría causar tales milagros la fe de Anne. Santa Teresa Benedicta de la Cruz siempre considerará aquella experiencia un momento decisivo para su conversión, un auténtico punto de inflexión para toda su vida.

Una última anotación: en 1920 Edith Stein conoció a Hedwig Conrad-Martius, antigua discípula de Husserl, convertida al luteranismo, pronto se desarrolló entre ellas una gran amistad. Un año después en casa de Hedwig en Bergzabern leyó en una noche "El libro de la Vida" de Santa Teresa de Jesús. Con ello llegó al final de una larga búsqueda, encontró la verdad, o más bien "la Verdad la encontró a ella". Para ese momento, como diría ella más tarde "mi anhelo por la verdad era ya una oración". Hedwig sería la madrina cuando Edith Stein recibió los sacramentos de la iniciación cristiana.

La conversión de Edith Stein fue el fruto maduro de un largo proceso interior, que comenzó con la formación recibida en casa. Posteriormente, a través del testimonio de Adolf y Anne Reinach, de aquella sencilla mujer rezando ante el sagrario y de la amiga Hedwig, pudo contemplar la belleza de la fe cristiana. No es que le hayan contado algunas historias, tampoco que le hayan dado algunos consejos, sino que pudo palpar una existencia que irradiaba la hermosura de la amistad con Dios en Jesucristo, por eso su corazón inquieto sentía necesidad de más. Se dejó seducir por la fascinación humano-divina del rostro de Cristo y, en Él que es la Verdad, encontró lo que por tanto tiempo había estado buscando. La conversión de Edith Stein no fue producto de la elocuencia, sino de la acción de la gracia y del testimonio de vida de aquellos con los que Dios la había puesto en contacto. En ella se repite el

---

[47] Estando en el convento de Colonia, Edith Stein comentó en confidencia sus impresiones de aquellos días al padre jesuita Johannes Hirschmann, él dice que estas fueron palabras textuales de la carmelita. Vease: Salvarani, F., Edith Stein: hija de Israel y de la Iglesia, Palabra, 2013, pp. 145-146.

"Vengan y verán", con que Jesús respondió a la pregunta de los primeros discípulos: "Fueron, vieron y se quedaron con Él" (Jn. 1, 39).

Cuando reflexionaba sobre todos estos acontecimientos Edith Stein resumió así sus pensamientos en el libro "Ser finito y ser eterno": Lo que no estaba en mi plan, estaba en el de Dios. Y cuanto más frecuentemente me sucede algo parecido, más viva se hace en mí la convicción de que —visto desde Dios— no hay casualidad, que toda mi vida está rediseñada en todos sus detalles en el plan de la divina Providencia, y que ante los ojos de Dios, que lo ven todo, es una totalidad llena de sentido.

Edith Stien, Teresa Benedicta de la Cruz, fue beatificada por san Juan Pablo II el 1 de mayo de 1987, en Colonia; canonizada por él mismo en la plaza de san Pedro un 11 de octubre de 1998. En la homilía el Papa tuvo ocasión de resumir la extraordinaria aventura de Edith Stein: "El amor a Cristo fue el fuego que encendió la vida de Teresa Benedicta de la Cruz. Mucho antes de darse cuenta, fue completamente conquistada por él. Al comienzo su ideal fue la libertad. Durante mucho tiempo vivió la experiencia de búsqueda. Su mente no se cansó de investigar, ni su corazón de esperar (…) y al final fue premidada: conquistó la verdad; más bien, la verdad la conquistó (…). Santa Teresa Benedicta de la Cruz nos dice a todos: no acepten como verdad nada que carezca de amor. Y no acepten como amor nada que carezca de verdad. El uno sin la otra se convierten en una mentira destructora".

Un año después el Papa la proclamó co-patrona de Europa (1 de octubre de 1999), junto con santa Brígida de Suecia y santa Catalina de Siena. Tres mujeres junto a tres patronos: Cirilo, Metodio y Benito.